

Claves rurales



Jorge Edwards

He viajado a Talca después de largos años, casi veinte, para producir el jurado que concedió el premio "José Donoso" de la Universidad talquina. La familia paterna de Donoso venía de Talca, como ya se sabe. Los Donoso antiguos eran dueños de una casa importante, de comienzos del siglo XIX, de varios patios, que se encuentra a diez o más kilómetros de distancia de la ciudad, en una localidad que se llama, si no me traiciona la memoria, Huanquilma. Pocos kilómetros más lejos, al lado de una estación de ferrocarril, se encontraba la casa de la Manuela, la de "El lugar sin límites". Desenterré, sorprendido por mi propia distracción, que hay otra Manuela de malas costumbres en la novela chilena, pero se trata, en este caso, de una Manuela masculina y prosbularia. Son, aunque pareciera raro, dos seres mucho más inocentes de lo que la gente piensa: dos víctimas de la maledicencia humana y de las circunstancias.

En el comienzo de su novela breve y maestra, cosa que se me había olvidado, José Donoso cita el Doctor Fausto, la obra de cuatro volúmenes de Christopher Marlowe. Fausto le pregunta a Mefistófeles por el lugar donde queda aquello que los hombres llaman infierno. Debajo del cielo, responde Mefistófeles. El ropo de la respuesta es socarrón, tomador de pelo. Fausto insiste, y Mefistófeles, entonces, dice que el infierno no tiene límites, y "es aquí donde estamos, y aquí donde es el infierno", agrega, como si lo anterior fuera poco, "¡cacaos que pertenecen!". En otras palabras, el infierno, según Donoso, se encuentra en las cacañas de Talca, hacia la cordillera, justo a un ramal perdido del ferrocarril longitudinal, entre huasos ricos que se emborrachan y se entregan a la violencia y a la lujuria ciega, a la fornicación con prostitutas viejas y con un travestido sin dientes. Son los mismos escenarios de la novela manilina, la de los textos criollistas de un Mariano Latorre, pero llevados al horror extremo y convertidos, por esto mismo, en metáforas, en espacios simbólicos. Un Latorre, un Fernando Santiván, un Luis Durand, se quedaban en la descripción minuciosa, en la prosa adornada, en algo así como un modernismo tardío. Donoso, en cambio, sintetizaba y a la vez creaba una visión diferente. Era, a su modo, un poeta de estos lugares: un poeta rebelde, con un fondo amargo. No es extraño, en consecuencia, que haya citado a un clásico duro y profundo, de gran poesía. Tampoco es extraño que no hayamos captado el acierto con claridad, en lecturas anteriores, y que lo entendamos ahora, a la distancia del tiempo resacerrido. Porque el campo chileno se ha transformado de una manera impresionante, pero sus raíces y algo que podríamos llamar su cultura siguen ahí, perfectamente reconocibles, en algún sentido evidentes, como cicatrices que atraviesan la tierra.

La vieja casa de la familia Donoso, que pertenece ahora a la Universidad Católica de Talca, es un lugar

interesante, un libro abierto un tanto contradictorio y enigmático. Los Donoso intelectuales, por ejemplo, desde don Ricardo, el historiador, hasta nuestro amigo el novelista, han pertenecido de lleno a la tradición republicana y laica del país. A pesar de su condición de chileno errante, que mantuvo hasta cerca del final, José Donoso siempre no pareció un nostálgico de las instituciones de la República, del viejo Parlamento, del Estado docente. Cero que llegó a idealizarlas en parte durante los años de la dictadura, fenómeno explicable y que podía llegar a adquirir un alto sentido en la estética de su trabajo de narrador. En buenas cuentas, Donoso nunca fue ni pretendió ser una especie de antinovela, una persona que hacía tabla rasa y que comentaba de apevo. Fue, por el contrario, innovador en la medida en que profundizaba, en que daba otra vuelta de tuerca, para citar a su tan admirado Henry James. Podemos describir "El lugar sin límites" como una novela criollista que da un paso adelante, que mira el espectáculo campesino con una mirada más desentramada, menos acomodaticia, más implacable.

Ahora bien, la gran cosa familiar resulta contradictoria porque tiene desde la entrada un curioso olor a sacerdotista, un aire religioso a la antigua, entre popular, ingenuo y represivo. ¿Sería esta casa la representación del cielo, y la de la Manuela, el prosbitito cercano, la del infierno? Esto podría significar que el infierno, en lugar de quedar debajo del cielo, como contesta en una primera instancia Mefistófeles, queda, en realidad, más allá de los territorios urbanos, conocidos, familiares, en las soledades no definidas, mal delimitadas. Los huasos, en sus camioneros rojos, en sus caballos, llegan hasta ese lugar a desahogarse, pero después regresan a sus refugios, a su seguridad. Y los habitantes del prosbitito, a diferencia de ellos, y a pesar de su ocasional temeridad, de su condición de víctimas, están condenados. El que entra, como la Manuela y la Japonesa, como los personajes del Daute, debe abandonar toda esperanza. El lugar sin límites, para jugar con los títulos, es el lugar de la desesperanza, y la casa de campo, invadida en forma momentánea, amonazada por el caos, es por definición el santuario del orden recuperado.

Nos encerramos en uno de los comedores de la casa patronal, aporreada, y bebemos nítidos vinos de la zona. Alguien cuenta que la mansión fue ocupada durante los años de la Unidad Popular y que los campesinos hacían fuego en el suelo, en las habitaciones interminables y desamparadas. Después se produjo una expulsión violenta y una paulatina restauración. En otras palabras, la naturaleza, y la historia entendida como parte de la naturaleza, imitan al arte. En "Casa de campo", novela alegórica, texto en que las mansiones destaraladas, enredadas, de los relatos anteriores, adquieren una decidida categoría de metáfora, de espacio

imaginario, los niños, ingenuos, irresponsables, revoltosos, ocupan el lugar y al fin son desalojados por los mayores, por los representantes del orden burgués, de mala manera. En la historia del lugar, la experiencia de la rebelión sólo es un paréntesis. En cierta medida, un sueño que se transforma en pesadilla. Todo vuelve a un silencio ordenado, a una situación en que la gente mayor, frente a una mesa bien puesta y bien servida, prueba manjares y licores y pronuncia discretos discursos. Como nosotros, me digo, sin mucha alegría.

Después, sin mayor discusión, con argumentos bien ponderados, resolvimos darle el premio donosiano a José Emilio Pacheco. Yo me imagino que Donoso habría estado contento. Él tenía una relación especial con el México de Carlos Fuentes, de José Emilio de algunos otros. Además de poeta fino, José Emilio Pacheco es un ensayista extraordinario, un conocedor de todas las literaturas, un hombre de la familia intelectual de un Jorge Luis Borges, del propio Donoso. No sé si esta filiación literaria le gusta, pero ayuda a retenerlo frente a un público remoto y mal informado como es el nuestro.

Una periodista me dice, casi en son de reproche, que ha recorrido las librerías de Talca preguntando por las obras raras y que los librerías talquinos, a juzgar por sus primeras reacciones, no lo conocen. ¿Y qué diablos conocen, le pregunto, sin mayores contemplaciones, los dichos librerías de Talca? ¿Han escuchado hablar alguna vez, por ejemplo, de Clarice Lispector, de Haroldo de Campos, de Carlos Germán Belli? Mi carevaidadora, a juzgar por su cara de asombro disimulado, tampoco ha escuchado nunca estos nombres. Trato de explicarle lo siguiente: cada vez que leo un ensayo de José Emilio Pacheco me queda lleno de entristecimiento, con inmensas ganas de leer o de releer a los autores que él ha comenado. Es una pena en que la literatura está viva, expuesta a una revisión permanente. Es un tipo de ensayo que abre caminos, que propone lecturas nuevas de cosas viejas. Leo "El lugar sin límites" de nuevo desde la perspectiva de una casa de campo medio destaralada, desde la sombra de unas palmeras gigantesas, contentas, mientras observo un colegio de niñas que se dispersa por los senderos. Y me acuerdo del prólogo y de las notas magistrales de José Emilio Pacheco en una edición del "De profundis" de Oscar Wilde. Es uno de los pocos libros que comenzo en que las notas al pie de página son algunas veces mejores que el texto. O no son inferiores o indignas del texto, para ser más precisos. Y también me acuerdo de unos amores de barrio en una novela breve y cuyo título se me ha olvidado. A pesar de algunas conspiraciones, provincianas o capitalinas, la literatura sobrevive. Y nunca falta el librero que sabe. Y la Universidad de Talca, a pesar de su vocación eminentemente agrícola, se ha dado el lujo de inventar un premio que otros deberían envidiarle. Para memoria en lo futuro, como dijo don Quijote, Para animarnos un poco en el invierno de nuestro descontento.

Claves rurales [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Claves rurales [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile